



*«Jesús en la cruz fue un espectáculo que llenó de asombro al cielo y a la tierra: ¡ver a un Dios todopoderoso, Señor del universo, condenado como un malhechor y muriendo en un patíbulo infame entre dos malhechores! Fue un espectáculo de justicia: el Padre Eterno, deseando que se satisficiera su justicia, castigó los pecados de los hombres en la persona de su Hijo único, a quien ama tanto como a sí mismo. Fue un espectáculo de misericordia: ese Hijo inocente sufrió una muerte tan cruel e ignominiosa para salvar a sus criaturas culpables. Fue, sobre todo, un espectáculo de amor: un Dios que ofrece y entrega su vida para redimir a unos esclavos que son sus enemigos».*

San Alfonso de Ligorio, *Consideraciones sobre la Pasión*, cap. III, 4.



Sí, la crucifixión es un misterio de amor insondable y un misterio que Cristo compartió con su Madre. Por eso nos volvemos hacia Ella y la contemplamos al pie de la Cruz. Stabat Mater dolorosa: La Madre dolorosa permanecía de pie. Estaba allí, muy cerca, frente a su Hijo agonizante. En esa contemplación tan dolorosa que ninguna palabra puede describir, su espíritu probablemente volvía, de vez en cuando, a todo lo que había vivido con Él: la Anunciación, la Natividad, la huida a Egipto, la maravillosa infancia en Nazaret, la bondad, la inteligencia y el amor de Jesús, sus predicaciones, sus milagros. Luego, dejando a un lado esos recuerdos, sus ojos de madre volvían a la realidad de Jesús moribundo y unas lágrimas silenciosas resbalaban suavemente por su rostro digno.

El papel de María en el misterio de la Cruz es único y esencial. San Juan Eudes enseña que los Corazones de Jesús y María están tan profundamente unidos que, místicamente, forman un solo Corazón sufriente. San Alfonso describirá así el papel de la Santísima Virgen en el Calvario:

*«Oh María, ¿dónde estás? Junto a la cruz. Diré con mayor razón que estás sobre la misma cruz, para inmolarte al mismo tiempo que tu Hijo, como afirma san Agustín. En efecto —añade san Bernardo—, lo que los clavos operaban en el cuerpo de Jesús, el amor lo causaba en el Corazón de María. De tal manera —según san Bernardino— que, al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba su cuerpo, la Madre sacrificaba su alma. Los dolores del Corazón de María se entremezclaron tanto con los de Jesús que formaban un único martirio: los dos Corazones sufrían juntos la Pasión, uno en el cuerpo y el otro en el alma».* San Alfonso de Ligorio, *Las virtudes de María*, Dolor V.

La hermana Lucía, vidente de Fátima, describió también esta unión única en una carta del 16 de septiembre de 1970: *«En la unión más estrecha posible entre dos seres humanos, Cristo comenzó en María la obra de nuestra salvación. Los latidos del Corazón de Cristo son los latidos del Corazón de María; la oración de Cristo es la oración de María; de María, Cristo recibió su cuerpo y su sangre, que fueron, respectivamente, inmolados y derramados por la salvación del mundo. (...) Y podemos pensar que las aspiraciones del Corazón de María se identificaban plenamente con las del Corazón de Cristo (...) y que el amor del Corazón de María era el amor del Corazón de Cristo hacia su Padre y hacia los hombres. (...) Desde que el Padre confió a María a su Hijo, guardándolo durante nueve meses en su seno casto y virginal, y desde que María, con su «sí» libre, se puso a disposición de la voluntad de Dios como su sierva para todo lo que Él quisiera obrar en ella, desde entonces y por voluntad de Dios, María se ha convertido, junto con Cristo, en Corredentora del género humano».*

En la Cruz, Jesús solo se dirige una vez a su Madre. ¿Recibirá palabras de consuelo de su Hijo? No. Cristo volverá a apoyarse en Ella para nuestra salvación. Mientras Él agoniza y Ella está totalmente volcada hacia Él en ese momento terrible, Jesús le confía de repente una nueva misión: «Mujer, he aquí a tu hijo» Jn 19,26. En otras palabras, es como si le dijera: «Vuelvo al Padre; a partir de ahora, debes amar a los hombres que me han crucificado como tú me has amado». ¡Qué desgarró místico para la Santísima Virgen! Debe dejar marchar a su divino Hijo y, en medio del dolor de ese desgarró, acoger a partir de ahora a todos los hombres en su Corazón de Madre. Ante este sublime testamento por el que Cristo nos entrega a su Madre, María responde con un nuevo «Fiat». El «Fiat» de la Anunciación es el alfa de la misión de María. Su «Fiat» al pie de la Cruz es su omega.

Tras encomendar a los hombres a su Madre, Jesús exhala su último aliento. *«Padre, en tus manos encomiando mi espíritu» (Lc 23,46)*. Y inclina la cabeza. En ese instante, el Corazón de Jesús deja de latir. La unión de sus Corazones permanece intacta en el amor, pero la muerte introduce ahora entre la Madre y su Hijo una separación de un dolor indecible. Y como si eso no fuera suficiente, he aquí que la lanza del soldado Longino viene a atravesar el Corazón de Jesús, a pocos metros de Ella. El impacto para Nuestra Señora es inaudito y esa lanza traspasa al mismo tiempo ambos Corazones. Se ha cumplido la profecía de san Simeón. Entonces se baja a Jesús de la Cruz y la Santísima Virgen recibe en sus brazos su Cuerpo inanimado. Ni la más mínima rebelión, ni el más mínimo murmullo, ni el más mínimo grito; solo el silencio de su amor, de su dolor y de su total obediencia a la voluntad de Dios: *«He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38)*.

Esta presencia de María al pie de la Cruz no terminó el Viernes Santo. El 13 de junio de 1929, la hermana Lucía de Fátima tuvo una aparición en la que vio, sobre el altar, un cáliz y una hostia, con Jesús crucificado justo detrás y la Santísima Virgen a su lado. Esta visión muestra que la Santísima Virgen permanece espiritualmente presente en la misa, al pie de esa Cruz, donde su Corazón se unió tan íntimamente al Corazón de Jesús.

La visión de la hermana Lucía es, además, importante, pues nos recuerda que el único sacrificio del Calvario se hace presente en cada Eucaristía. El Concilio de Trento (1545-1563) enseña que la Eucaristía es la renovación incruenta del sacrificio de la Cruz. Aunque el sacrificio ofrecido por Cristo el Viernes Santo es total, perfecto y suficiente para nuestra redención, Jesús, en su bondad y su amor, ha querido que ese mismo sacrificio —sin el sufrimiento ni la muerte física— permanezca presente en medio de su Iglesia hasta el fin de los tiempos.

Cabe preguntarse con razón: ¿por qué Cristo renueva su sacrificio incruento de la Cruz en cada misa, si el sacrificio de la Cruz del Viernes Santo basta para nuestra redención? Es un misterio que puede, en cierta medida, aclararse si se tiene en cuenta que los hombres siguen ofendiendo a Dios cada día. Y Cristo sigue ofreciéndose cada día a su Padre como sacrificio perfecto, para salvar a los hombres y reparar las ofensas que cometen.

*«Y yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20)*. Sí, Jesús quiso permanecer con nosotros en la expresión más extrema de su Amor por nosotros: el sacrificio de la Cruz. He aquí la grandeza de la Santa Misa y por eso ocupa el lugar más elevado en la vida cristiana. Se comprende por qué el Concilio de Trento condenó los errores que niegan el carácter sacrificial de la misa, reduciéndola a una simple «comida», una simple «asamblea», una simple «alabanza» o una simple «conmemoración»: «Si alguien dice que, en la misa, no se ofrece a Dios un sacrificio verdadero y auténtico, o que “ser ofrecido” no significa otra cosa que el hecho de que Cristo nos sea dado como alimento: que sea anatema. (...) Si alguien dice que el sacrificio de la misa no es más que un sacrificio de alabanza y acción de gracias, o una simple conmemoración del sacrificio realizado en la Cruz, (...) que sea anatema».

Por eso, nuestra actitud durante la consagración debe estar a la altura de este gran misterio. Si hubiéramos estado hace dos mil años al pie de la Cruz, ¿qué habríamos hecho? ¿Nos habríamos quedado de pie, distraídos o indiferentes? Por supuesto que no. Nos habríamos postrado en oración silenciosa para contemplar con amor y arrepentimiento a nuestro dulce Jesús agonizando por nosotros. Esa debe ser nuestra actitud hoy, en el momento de la consagración.

*«Oh, buen y dulcísimo Jesús, me postré de rodillas ante Ti y te ruego y te suplico con todo el fervor de mi alma que te dignes grabar en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, un verdadero arrepentimiento de mis pecados y una voluntad muy firme de corregirlos, mientras contemplo en espíritu Tus cinco llagas, con gran afecto y gran dolor, teniendo ante los ojos estas palabras que el profeta David ya ponía en Tu boca, oh buen Jesús: «Me han traspasado las manos y los pies; han contado todos mis huesos».*

Salve Corda, Alianza de los primeros sábados de Fátima por la paz.